

truccion, aunque ligero, y por eso con apariencias de superficialidad que no tenia, empezó á publicar un periódico cuyo título era *Crónica científica y literaria*. Tambien salió á luz la *Minerva*, continuacion de la obra periódica que en el reinado de Carlos IV publicaba D. Pedro Olibe; produccion escasa de mérito en su primera época, pero inferior todavía en esta segunda. Una ú otra disputa literaria interrumpia el general silencio; pero habiendo apenas materia sobre qué disputar, las contiendas no valian ni siquiera lo que pocos años antes las que tenian el pobre *Diario de Madrid* por campo de batalla. Empeñóse con todo una guerra sobre importantísimas doctrinas críticas, á la cual pocos atendieron á la sazón, siendo tal el desvío de los estudios que ni aun lo que en corto número se presentaba para los entendimientos ayunos excitaba, como podria creerse, ansioso deseo de aprovecharlo. Fué la controversia á que aludimos sobre si las reglas de la crítica llamada clásica debian servir de rigurosa norma para componer ó juzgar los escritos, ó si al revés convenia alterarlas en gran parte, sustituyéndoles otras nacidas del estado de las sociedades modernas y originadas en la edad media, á las que comenzaba á señalarse con el título de escuela romántica, inventado por los alemanes. Uno de esta nacion, Mr. Böhl de Faber, natural de Hamburgo, comerciante, y por largos años establecido en España, donde habia trocado por la fé católica la falsa protestante que antes seguia; hombre por mil títulos apreciable, y distinguido por su vasta lectura de autores castellanos, y por su destreza en manejar la lengua de los mismos para él extraña; acometió la empresa de introducir en la literatura española la crítica promulgada y sustentada con ardor, entre otros con especialidad por el instruido y agudo *Schlegel*. Casábase en este caso la crítica con ciertas ideas religiosas y políticas, por donde venia en el llamado romanticismo á venerarse en un mismo culto de la España antigua á la par el gobierno, la religion y el gusto literario. Calderon era el modelo admirado de estos nuevos jueces, los cuales, dándole justas alabanzas, descubrian mil prendas imaginarias entre sus verdaderas perfecciones. Emprendieron la defensa de la escuela literaria todavía dominante el ya citado Mora y su amigo D. Antonio Alcalá Galiano (1), estribando sus argumentos en las máximas tenidas por dogmas de Aristóteles, Horacio, Boileau y sus secuaces. Dióse principio á esta riña por los de un lado en la *Crónica*, por los del otro en folletos impresos en Cádiz, donde Böhl de Faber residia. Una circunstancia de esta disputa merece recordacion, porque sirve para retratar los tiempos. Los censores de Madrid mostraron repugnancia á dejar imprimir un folletillo de Mora y Galiano sobre la misma cuestion, no por recelo de que se rozase con otra alguna política ó religiosa, sino por no querer despertar los ingenios de la saludable modorra en que los veian sumergidos ni aun para causarles la inquietud aneja á tareas acaloradas, aun siendo literarias puras. Por esto fué negada la licencia; pero los autores enviando á Barcelona su manuscrito encontraron allí censor mas benévolo, el cual la conce-

(1) El mismo autor del presente compendio.